

(3)

BIBLIOTECA
DE "EL DIARIO DE MURCIA,"
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

HISTORIAS Y LEYENDAS

DE MURCIA

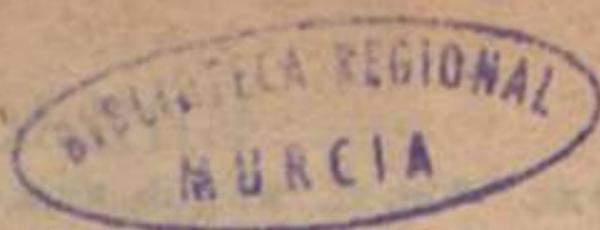
LA VIRGEN DEL CÁRMEN

POR

Pedro Diaz Cassou

MURCIA—1892
IMP. DE "EL DIARIO,"
SOCIEDAD, 10.

R. 115.918



ES PROPIEDAD.

Cob.
1073696

Tít. 54042

DMV
7676
(3)

El viajero que se encamina á Murcia desde la estación del ferro carril, encuentra, á poco andar, un templo cuyo sencillo imafronte franquean dos torrecillas rematadas en cimborio de linternas sobrepuestas: es *el Carmen*. Lugar predestinado el de su emplazamiento, era, en la ya remota fecha de la Murcia musulmana, terreno franco entre los barrios moros de *Rabad-alchadid* (Rabatalgibit de Cascales y Algidio de antiguos documentos) y el de *al-Jurilla, Alharilla ó Alhariella*, situados á Poniente y Levante junto al rio, en lo que los antiguos habitantes de Murcia llamaban *el otro lado*. Entre estas dos barriadas, hace tiempo unidas, un poco distante, y en los últimos terrenos de la ciudad ó en los primeros de la huerta, estuvo la pequeña mezquita, cuyo nombre conserva la acequia no muy lejana de Alharilla, y un cementerio moro que recuerda la más próxima de Almohajar. Convergen en aquel sitio varias vías, de las que es la principal el camino de Cartagena á Murcia, que, en tiempo de los moros, viniendo en línea más recta desde Albadel, pasaba más cerca del rio á buscar *la fuente vieja*, en la que hoy se dice plaza de las Barcas, y pasando al pié de la *Kalaat-al-mahu* (1) (torre del agua)

(1) Calamaju y Caramaiul.

que, más ó menos maltratada en su construcción y en su nombre, duró hasta el siglo XVIII, seguía, fuera de muros, por la que es hoy calle de la Corredera, formando la *carretera de la Algebeca* que tanto se nombra en los primeros diplomas de la conquista de Murcia, y que enlazaba los caminos de aquende y y allende el río... Mucho de esto subsiste, pero es más lo que ha cambiado; los sitios son los mismos, las construcciones diferentes, habitantes, trajes, lengua, religión, costumbres han variado. El martilleo de las herrerías de Monzó ha venido á turbar el sueño de muerte, silencioso durante siete siglos, de las generaciones musulmanas que buscaron para dormirse por última vez los terrenos religiosos dependientes de la mezquita de Alharilla; silba estridente el vapor donde sonaba la melancólica canturía del Muedano que llama á la plegaria; y la locomotora, símbolo del progreso, cruza rápida se oculta, reaparece y se pierde, muchas veces al día, entre las frondas de aquella huerta, tanto tiempo estacionaria. Todo, menos su destino, ha cambiado en aquellos lugares, y todo ha cambiado en los hombres que les pueblan, menos la naturaleza humana: hace setecientos años, el moro iba á la mezquita de Alharilla á levantar su alma al Dios único, después ha seguido el cristiano yendo á buscar allí, en la ermita de San Benito ó en la iglesia del Carmen, al Dios trino y uno; y antes, como después y ahora, el creyente que habia orado encontró, al salir, más ligero el fardo, que dejó al entrar de los cuidados y penas de la vida...

Muchas veces, cuando jóven, he meditado,

y bastantes páginas he escrito sobre recuerdos religiosos de Murcia; viejo ya, quisiera releer aquellas cuartillas hechas en mi juventud y darlas á la imprenta. Presumo que me faltará tiempo, y que nada haré si no lo hago por partes; y en esta presunción empiezo por publicar mis apuntes sobre la *Virgen del Barrío*. Quizás la que primero debió mover mi pluma es la primitiva patrona de Murcia, la *Virgen de la Arrixaca*, ó la de la *Fuensanta*, sucesora de aquella en este patronazgo, y sobre ambas podría alegar preferencia la única virgen gótica de nuestro valle, Nuestra Señora de la Antigua de Monteagudo; pero un afecto especial ha hecho que empiece por imprimir los recuerdos *que se ván de la Murcia que se fué*, referentes á Nuestra Señora del Carmelo: yo tambien podría cantar, si cantara

A la Virgen del Carmen
quiero y adoro,
porque saca las almas
del purgatorio;
y á su hijo pide
por todos sus devotos
la Santa Virgen.

I.—HISTORIA,

Siempre fué cómodo y barato tomar las cosas hechas, aunque hacerlas ó pagarlas suela ser lo más honrado; y los conquistadores de Murcia, gente de suyo poco escrupulosa y menos todavía en sus relaciones con los moros, hallaron bien y no vacilaron apoderarse de casi todos los templos musulmanes situados en la ciudad, empezando por la Mezquita Aljama que convirtieron en Santa Maria la Mayor, y siguiendo con las demás mezquitas y mezquitillas, que bautizaron de templos cristianos y parroquias, con varias advocaciones. En esta trasformación tuvo su origen la iglesia de San Juan que se llamó del Real, porque en aquel sitio, en el recodo del rio que subía entonces hasta donde hoy está Santa Eulalia, estuvo el real de D. Jaime, y por consideración tambien, á los templarios, á quienes se habían hecho donaciones del Alcazar Nassir y su *mossalab*, que hoy son hospital de la provincia é iglesia de San Juan de Dios. De otra mezquita salió la primera iglesia parroquial de Santa Catalina, así llamada porque tambien se llamaba así una infanta de Aragon; los aragoneses, como devotos de San Lorenzo, tuvieron parroquia y templo de es-

ta advocación; los catalanes impusieron su Santa Olaya, y las mismas devociones que en Sevilla, determinaron en Murcia las advocaciones de San Bartolomé, San Pedro y San Nicolás, templos musulmanes que pasaron á ser iglesias y parroquias. Después, la piedad invasora de los conquistadores levantó cerca de la arrijaca, reservada á los moros, una pequeña iglesia á Santiago *matamoros*, origen de la parroquia de San Miguel, que se llamó de Villanueva porque se había formado en pocos años una pequeña población suburbana en aquellos terrenos francos, intermedios entre las dos antiguas arrijacas; luego la desconsideración á los vencidos llegó hasta construirles á la entrada de su barrio, junto á la puerta de Molina la iglesia que llamaron de San Andrés, para lisongear al suegro del rey de Aragón, se sostuvo dentro del barrio moro la ermita de Nuestra Señora, y en el otro extremo, cerca de la puerta de Xecura, se levantó otra ermita que fué San Antolín, andando el tiempo: de este modo vinieron á ser once las parroquias de Murcia, que hoy son doce por promoción del Carmen, adjutriz hasta hace pocos años de Santa María la Mayor.

A todo ello y durante tales desbarajuste y ajuste, ¿qué había sido de la mezquita de la Alhariella, como la llamaba el Rey Sabio. Se la convirtió en iglesia, ó siguió mezquita?.... No se sabe, pero se sabe de cierto que, á principios del siglo XV, no existían; que litigaban el Obispo y la ciudad sobre la pertenencia del terreno en que la Mezquita estuvo edificada, y que concluyó el pleito por transacción en que el Obispo Comontes, por escritura de 1.º

de Agosto de 1451, cedió el terreno á la ciudad á condición de que esta habría de construir sobre el mismo una ermita á San Benito, santo cuya devoción andaba entonces en boga entre las personas cultas, y á quien tenía mucha el Obispo: á esta devoción, que nunca fué popular en Murcia, debe su nombre el más popular de los partidos de su huerta.

Transacción y cesión no obstante, la ermita no fué construida hasta que un Dean de Murcia, opulento y dadivoso la levantó á su costa, y entonces se cercó tambien el terreno sobrante (menos de una tahulla) plantándole denaranjos. Pasaron años y lustros, la ermita subsistía y el Ayuntamiento apenas se cuidaba de ella mas que para repararla, después de cada desbordamiento del Segura que, entonces como ahora, tenía afición á salirse de madre, yéndose por San Benito, y como en tiempos más antiguos la tuvo á irse por el opuesto lado de la ciudad, abriéndose paso por la Albatalía. En la tarde del 20 de Marzo de 1584, compareció ante el Cabildo de los SS Murcia un fraile carmelita calzado, el P. Fr. Juan Gallego, y expuso su propósito de fundar un convento de su religión, ya que ninguno, de ella, tenía Murcia hasta entonces, y la ciudad nombró acto seguido, dos regidores y dos jurados, para tratar de este asunto con el Obispo, que lo era D. Gerónimo Manrique de Lara, y no se limitó al nombramiento de estos comisarios, sino que se puso en relaciones con el Prior en Andalucía de los Carmelitas calzados, y este envió al año siguiente cuatro religiosos, bajo la guardia y

dirección del P. Fr. Diego de Castro, á quienes la ciudad dió 500 ducados y señaló sitio casi frente al que ocupa la casa que tanto tiempo vivió el autor de estas páginas (9 Feb. 1584.) Hubo entonces unas banderías entre agustinos y carmelitas, más porfiadas, y de fijo más escandalosas que las de Fajardos y Manueles, y la victoria fué de los Agustinos, quienes echaron de intramuros, á viva fuerza, á los Carmelitas, pero no se opusieron á que la ciudad les cediera la ermita de San Benito, como se efectuó por escritura de 20 de Marzo de 1586, ante Ruiz de la Ronda, en el palacio del Obispo y ante el Provisor. He aquí, ya, como hubo en Murcia carmelitas calzados, que cuidaban de una ermita de San Benito; cómo hubo después convento é iglesia del Cármen es un poema de constancia y de desprendimiento, que necesitaría para ser contado bien, más páginas que renglones voy á dedicarle.

La ermita donada y consiguientemente la primera iglesia que, ampliando aquella tuvieron los carmelitas, estuvo donde después la portería del convento y capilla de las novenas en estos últimos años, antes de reconstruirla. En 1620 los religiosos, huyendo de las inundaciones, se entraron á la ciudad é instalaron en la calle Nueva, cerca de Santa Isabel, casas de D^a Luisa Guill; pero Teatinos y Franciscanos promovieron un alboroto y los expulsaron nuevamente. En 1634, empiezan á reconstruir un convento en donde su primera casa, pero nuevas avenidas les hacen producir nuevas peticiones á la ciudad para que les permita establecerse en la Casa de Comedias

(Enero 10), y los Franciscanos se oponen. Obligados á permanecer en San Benito, los religiosos resisten algunos años, mientras el *otro lado* se puebla, y se piensa seriamente en meter al río en cintura, ó mejor dicho, en su cáuce, del que con tanta facilidad venía saltando. En 1721, y á 18 de Abril, el Prior P. Fr. Juan Alvarez Balderas reúne la comunidad á son de campana, y les anuncia que el Penitenciario D. Juan Palmero ha dado 4.000 reales y ofrecido más, para que se construya nueva iglesia, y en 1.º de Mayo, Prior y Comunidad piden al Ayuntamiento una faja de terreno de 170 palmos de longitud por 66 de ancho, para emplazar la iglesia que hoy existe, cuya primera piedra se puso en 14 de Septiembre; y la última en 1.º de Julio de 1769; se la bendijo al siguiente día, y se la festejó durante 9 á partir del 8 del mismo mes (!). También á mediados del siglo XVIII se reconstruyó el segundo convento, cuyas obras, después de suspendidas dos veces, en 1737 y 1745, vinieron á terminarse al mismo tiempo que las de la iglesia. Por último, para facilitar y embellecer el acceso á esta última, los SS. Murcia habían mandado plantar en 1679, y plantóse en 1681, una alameda desde el puente nuevo (el actual) al Carmen, y se la completó en 1787, desde el Carmen á Capuchinos.

Entre las fechas apuntadas, ¡cuantas acciones dignas de loa!: el desprendimiento del Dean Selva, perteneciente á una raza de caballeros y sacerdotes que lo mismo paseaban en magníficos caballos con herraduras de pla-

ta, que fundaban un convento; aquel D. Antonio de Roda, Conde del Valle, Gentil Hombre de S. M. y Alguacil Mayor del Santo Oficio que reunía las tres aristocracias, y que fué el padrino, en la bendición de la iglesia; aquellos humildes molineros, Felipe García Ros y Catalina Faz, que concluyeron las obras de iglesia y convento dando cuanto tenían; aquellos Piores á quienes nada arredraba en tanto como acometían... pasaron todos envueltos en el tropel de sus generaciones respectivas, á hundirse, con las anteriores y posteriores, en el abismo de la nada, y apenas si han merecido que les nombre el oscuro escritor que antes de mucho será nada como ellos.

II.—LA LEYENDA.

El capitán Malasangre

No se sabe el año, las leyendas populares no se preocupaban de fechas; En el reino de Murcia, que ha tenido también sus grandes bandoleros, ni más ni menos que las tierras andaluzas, hubo un capitán de ladrones que llevaba con gloria el nombre de *Malasangre*, y que la tuvo tal que nunca, decían las gentes, ejecutó ni aun por inadvertencia, un hecho bueno: porque no lo era ciertamente el dar participación en sus robos á Nuestra Señora del Cármen.

Ha inspirado siempre, esta Señora, una rara devoción á hombres muy malvados, y por una de esas aberraciones propias de entendimientos oscuros, y oscurecidos todavía más á causa de una vida de crímenes, la Virgen del Cármen de Murcia, fué en diferentes épocas sacrílegamente afiliada á compañías de ladrones, y aun elejida capitana de alguna de ellas, dándosele la parte de botín correspondiente: todavía vive quien pudiera confirmarlo. Uno de estos casos debió ser el de *Malasangre*, que así se llamó el bandido de mi leyenda, pues siempre, después de cada uno

de sus éxitos, se encontraba en el cepillo de la porteria del Cármen, una cantidad en oro que guardaba cierta proporción con la cantidad robada. Malasangre murió al fin de la muerte que puede presumirse de tal vida: cogióle una noche en casa de una mujer que tampoco la llevaba buena, el Corregidor de Murcia, y ahorcóle mala ó buenamente. Del segundo de Malasangre, se dijo que había licenciado la partida, y el ahorcado capitán de ladrones pasó como cualquier hombre de bien y como todo pasa, *sicut nubes, velut umbra*.

Y era una mañana de Abril del año no sé cuantos, y la huerta de Murcia se había vestido con el manto primaveral que luce todos los años. Tintas rientes en el cielo, riente verdura en el suelo, blandos susurros entre las nuevas hojas, pajarillos que saludando al cielo y al suelo con sus trinos parece que cantan la alegría de vivir, perfume de perfumes y aliento de vida en los aires y ese no sé qué de armonía, de fuerza y de juventud que tienen en Murcia los días intermedios entre Marzo, que en algunos es invierno, y Mayo, que en todos es verano. Los mil ruidos alegres del despertar del barrio subían y penetraban en una celda del piso segundo del convento, en la que se apiñaba la comunidad, arro lillada y rezando por un fraile en la agonía: era el padre Juan, tan temido por la energía salvaje de su carácter y lo áspero de sus modales, como querido y admirado por su ardiente caridad y sus grandes penitencias. Estaba inmóvil, muerta la color, estertoroso el aliento, sin

responder ni unir sus palabras á la oración de sus hermanos, retenido, quizás, el espíritu al cuerpo por uno de sus últimos lazos, cada instante más flojo. Vibró en los aires una campana muy próxima, campana del convento, y el cuerpo del moribundo se estremeció, un soplo de vida pasó por su rostro coloreándole, y galvanizó su cuerpo, se quiso incorporar, pero apenas pudo, y girando entonces los hundidos ojos en derredor, como si quisiera cerciorarse de la presencia de todos ó de alguno.

— Hermanos, dijo con voz fatigosa y con cierto apresuramiento: perdonadme que haya sido de los vuestros... yo era indigno... yo era... os acordais, hermanos míos, de un célebre bandolero que hubo en este país y se llamaba Malasangre... pues bien, perdonadme, yo era un desalmado bandolero como él, y por ser menos malo, era su teniente...

Una exclamación en que habia tanto de horror como de asombro, salió de todas aquellas bocas, y cuentan que los Carmelitas calzados de Murcia no eran gentes fáciles de espantar; el fraile moribundo no paró mientes en la exclamación ni pareció oírla, y con voz presurosa hasta ser jadeante, continuó como quien se esfuerza para concluir pronto.

Sabeis que á las veinticuatro horas de ahorcarle, descuartizaron á mi infortunado capitán, para poner sus cuartos en las encrucijadas de los caminos que fueran testigos de sus hechos; y sabeis tambien que la cabeza fué clavada sobre la puerta del Puente que dá entrada á la ciudad de Murcia; pues bien, ocurrióseme inaugurar mi mando de la parti-

da, con un hecho memorable, y anuncié á mis compañeros que vendría solo á Murcia á desclavar y llevarme la cabeza de nuestro querido Capitán: Así lo intenté, en efecto. La noche era fria, callada como una tumba, negra como mi alma, llegué á la puerta del Puente, me aseguré de que dormían sus guardias, me encaramé á una escalera que acababa de tomar casa de uno de nuestros confidentes, busqué á tientas, hallé la cabeza, fria, mojada, viscosa, tiré de ella para desclavarla... y sentí los músculos de aquella cara moverse, y oí sonar la voz tan conocida del muerto Capitan, y no sé como no caí desde lo alto de aquella escalera sobre la que me sentía morir de espanto. ¡Horrible cuadro! un momento alumbróle un rayo de la luna deslizándose entre nubes; si en la oscuridad habia reconocido la voz, á la ténue luz de la luna veia moverse los cárdenos lábios del capitán; no me cabia duda, por espantoso prodigio á la mitad de aquella noche tempestuosa iba á sostener una conversación á solas con la cabeza cortada de un hombre muerto ya dos dias...

—¿Por qué quieres desclavarme?.., déjame donde estoy para escarmiento, y escarmienta tú el primero. . Sepas que hay otra vida, que hay infierno, y que después de la muerte hay un terrible juicio del que depende toda una eternidad.» Esto dijo, pero mi terror habia pasado. «Pues si eso es así y eres tú, Capitan, el que me hablas, contesté, mal debes haber salido.—«Escucha y lo sabrás, continuó aquella voz prodijiosa. Las almas de los muertos presencian su terrible juicio, y yo presenciaba el mio; el Arcangel San Miguel tenía sus-

»pendida aquella inescrutable balanza en que
»se pesan á la presencia de Dios Padre, de Je-
»sucristo sentado á su diestra, y de la Virgen
»Nuestra Señora, las acciones buenas y malas
»del muerto á quien se juzga; el platillo de
»mis malas acciones rebosaba, en el de las
»buenas no había una, la balanza caía toda
»del lado de aquel platillo, y mi angel bueno
»se cubría el rostro con alas, porque mi con-
»denación era segura. En aquel momento su-
»premo, no sabiendo á quien acudir, miré á la
»Virgen, único amor que me inspiró mi madre
»y única devoción de mi vida, miréla y la vi
»mirarme entristecida, vuelta á mí aquella
»hermosa faz que tantas veces había visto con
»respeto y amor en nuestra iglesia del Car-
»men, al llevar las sacrílegas participaciones
»que le asignaba en mis robos, era, sí, nues-
»tra misma Virgen nuestra Señora del Car-
»men. .! Caí ante ella de rodillas, lloré y pedí,
»y la consoladora madre de los pecadores in-
»clinó hacia mí su rostro celestial, al que en
aquel momento asomó una lágrima. . ¡Oh
»prodijio! la lágrima al deslizarse por el divi-
»no rostro, vino á caer en el platillo vacío de
»mis buenas acciones, que, al peso de aquella
»lágrima bajó instantáneamente, levantando
»el de mis culpas, ¡oh gozo! me había salva-
»do...» no dijo más... las palabras del capitán
Malasangre, murieron en los muertos labios
ó yo no las oí ya, continuó el fraile agonizan-
te con voz más lenta y fatigosa; pero más no
era menester para que la gracia me tocase..
bajé de la escalera después de dar un beso de
última despedida, en la cabeza del que me
acaudilló en el crimen y me enseñaba tam-

bien el camino de la virtud .. vine á este convento..... hice que llamasen á nuestro prior aquí presente.. confeséle mis culpas.. y desde entonces he sido vuestro compañero.. Perdonadme hermanos... y pedid á Dios... y á la Virgen del Carmen... por el alma. . del antiguo... bandolero... Y el fraile, que en el calor de la narración se había ligeramente incorporado, cayó sobre su tarima... *come corpo morto cade.*

.
.
Alguno de mis lectores habrá oído decir que era famosa obra de arquitectura el claustro del Convento de los Carmelitas calzados de Murcia. Estaba donde hoy las herrerías de Monzó, le formában anchurosos cuanto esbeltos arcos sostenidos por columnas de Génova sobre bases azules, y le adornaban muchos y buenos cuadros, de los que era uno el que representaba á la Virgen del Cármén inclinada hácia un pecador á quien se llevaban dos demonios, y vertiendo por él, lágrimas, como pudiera verterlas una madre al ver sufrir á su hijo una terrible sentencia. El vulgo dió en decir que este cuadro conmemoraba la milagrosa salvación de Malasangre, y la Virgen del Cármén, que ya era protectora de los criadores de seda, empezó á ser sacrílegamente tenida por patrona de ladrones.

Madrid, 1881.

LA VIRGEN Y LA MOLINERA.

En tiempos qu' abemos dejao mu ezaga, lcs molinos é las 24 piedras ni tenían 24 piedras, ni eran tós molinos, y abía entreyos un batán de paños y bayetas, y er maestro batanero era ombre de muncho súpito, con un geniazo qu' ér mesmo no se podía sufrir, mayormente dende qu' á poco de casao, se despartó de con la mujer, por carcabularios de la gente que, ¡bamos!, ande les paece ponen er ramo y que lo bendan que no lo bendan; y dieron en decir ¡de Dios dijeron!, si la mujer había tenío ó n' abia tenío, y si había sío ó n' abia sío antes é casarse. Juera lo que juera que la gente habla muncho y la berdá Dios la sabe, aqueya probe, ende que se despartó d' eya su marío, estaba arrecogía en Aljucer de ande era, ezaga é Pepe el aprendis, y er marío se jueó en su batán, y una zagaliquia qu' abian tenio en er tiempo qu' abian estao juntos, se crió en er conbento de las Berónicas; y como er tiempo buela sin alas y sin sintirlo, pasaron quince años como un dia, y el maestro batanero jué por la zagala á las berónicas, que ya estaba criá, pa que lo sirbiera; y manque la zagala quería quearse con las monjas pa ser una é tantas, er maestro dijo que nones, que

su ija por ija é su maere, no podía ser que le tirara la inclinación á monjio denguno, y qu' ér se la llebaba; y no hubo más nobedá que se la llebó y la puso en puesto de una moza que tenía y bibía solo con la zagala y con sus pesambres, y sin más salías que pa ir en caer *Soleta*, qu' era una taberna qu' abía ayí cuatro pasos, porque con la solitú l' abía to-mao er busto á empinarla er maestro batanero. Y la monjiquia era como un sol, y güena dasta er tuétano, y lo mesmo serbia pa un barrío qu' pa un fregao, y tan presto le daba una guerta ar puchero como á las piezas é los paños; pero la probe no s' abía criaio en aque-yo y le benía tó cuesta arriba, y s' affligía en ber como andaban su paere y su maere, y se iba queando, aquer angel de Dios, escuchimiza y der color de las pajuelas. Y pasaban los dias, y las semanas, y los meses en aquer consumimiento, cuando quiso Dios qu' una tarde qu' er Maestro batanero estaba ¿ande estás Juana?, ande siempre, en la taberna, llegó ar batan mu apresurá, y asina como e matute, una muger con cesta, y miró á tós puestos, y cuando vido que la zagala estaba sola y no abía cudiao po er Maestro, le sortó este recaio sin encomendarse á Dios ni á Santa María.

—Zagala, tu maere s' está muriendo y quié berte...

Y no ijo más, porque medio se insurtó la criatura, y la bido que perdía la color.

—¡Ay Dios mío!... yo boy á decírselo á mi paere...

—¡Y yo á esperarte!... ¡con qu' á tu paere?... y que m' aguarde yó pa que er biejo borra-

chón me piye aquí y m' estrocee...! bamos!... queate con Dios zagala.

—Pero...

—Mia, zagala, dijo la muger cruzándose er pañuelo, déjame á mí de quinciones. que yo ya e cumplío y me guerbo... que sabe Dios como estará aqueya probe qu' es como si no tubiera á naide en er mundo... y ¡tié una hija!... criar cuerbos; como ecía el otro ..

—Pero, si mi paere...

—Mia! si biés, echa etrás; y si no biés guenas tardes y que Dios premie la caridá... Miren con los repurgos, de la monjiquia... y su maere qu' s' está muriendo...!

Y la muger echó á andar, y la zagala der Maestro batanero se queó yorando y biendo por ande s' iba, y cuando bido que n' abía mas remedio que s' iba, echó á correr pa pillalla y cuando pasó po elante der Carmen, no hizo mas que s' arrodiyó en un decir Jesus. y le ijo á la Vírjen, con mucho aquel:

—Maere mía m' e dejao la puerta abierta y tó por medio, y me boy sin dicille ná á mi paere. ¡Maere mía, no me farteis!.. y que yo no farte! y siguió consolá con aquel encargo que l' abía echo á la Vírjen... bido á su maere, y con er busto tan grande se sintió aliviá, y en berla aliviá se les jué er tiempo sin sintirlo á la maere y á la hija, y se hizo escuro, y

—Ay Dios mio, qué dirá mi paere... sartó la probe zagala y apretó á correr pensando que su paere la iba á trocear en siguía que l' echara el ojo, y cuando ayegó ar batán un resuello no l' arcanzaba á otro y se tubo que poner la mano porque se le salía er corazon der pecho, y no s' atrebió á yamar y s' arri-

mó mu despacio á la puerta qu' estaba entorná y salia lus... y ¡caballeros! entonces jué er susto... y ná ni cosa en gracia é Dios!.. er paere hablaba con eya y l' ecía

—Zagala ¿es que no cenas?.. pos lo qu' es er guisao denguna noche ha estao como esta noche... esto es comer gloria...

Y la zagala pegó más la cara á la rendija é la puerta pa ber con quien hablaba su paere, y ¡aquí entra lo gueno! bido qu' era con eya; eya, que estaba juera é la casa, se bido dentro; eya qu' estaba ascuchando en la rendija é la puerta, se bido sentá en la mesa con su paere!.. y berlo y ber que s' abria la puerta sin hacer ruio tó jué uno; y que salía una señora mu hermosíssima, y ar pasar le icía

—Yo é estao en tu puesto, pero no guerbas á salir sin que te lo iga tu paere.

Y entonces conoció la zagala qu' aqueya era la Vírgen y

—¡Paere! gritó, ha cenao osté con la Vírgen!.. yo no estaba aquí, yo estaba con mi maere qu' está mu malica... yo entro abora paere.

Y el paere y la hija miraron á toas partes y á naide bieron; qu' aqueyo no era presona, qu' era la Virgen y s' abía desapareció asina que no jué mester...; y er paere y la hija s' incaron de ruillas, y abrazaos, gritando ¡Milagro! ¡Milagro! y alluego la hija se levantó y cogió á su paere de la mano y le ijo na mas qu' estas palabras:

—Benga osté paere.

Y sin mas ecir, á aqueya hora, se lo llebó á Arjucer, ande estaba su maere que r' abía bisto á su marío en catorce años, y puso la

mano de su maere en la de su paere... y denguno dijo ná y tos yoraron.

• • • • •
Y á los pocos dias en el batán había Maestra, y una monja más en er conbento é las maeres berónicas, y la Vírgen der Carmen s' abía portao como siempre jamás é los jamaeses, s' á portao con tó er mundo.

Murcia, 1874.

ABOGADA CONTRA EL RAYO

La campana y el cristiano!... ella repiquea en su bautismo, como dándole alegre parabién, y tañe acompasada y triste como una despedida, en el oficio de difuntos; ella hace oír su voz en las mayores dichas como en los mayores pesares, matrimonio, nacimiento de hijos, muerte de hijos y de padres...

La campana y la ciudad;... cuando en aquella sierra de Alcor que llaman hoy de Pedro Ponce, se levantaba ténue columna de humo, á que pronto correspondía otra *humada* en las alturas del Carrascoy, sierra tambien, cuyo nombre evoca recuerdos de tantos siglos, y los campesinos apresuraban sus ganados en dirección de la ciudad, y los huertanos se recogían en ella al primer aviso de sus caracolas; la voz de aquellos valientes concejos de los señores Murcia sonaba en la campana del rebato, desde las alturas de Santa Catalina (1), llamando á las compañías ciudadanas para perseguir al moro, y á los viejos y enfermos para guardar entre tanto las puertas y los muros; y esa misma campana del *rebato*, voz de la ciudad

(1) Era alta y fué desmontada en 1829, rebajándola mucho.

gritando *al arma*, fué desde 24 de Abril de 1684 la que llamó á *la queda*, convidando al ciudadano tranquilo al sueño oficial, que empezaba de 9 á 10 en invierno y de 10 á 11 en estío: después de este toque Murcia dormía ó debía dormir; el que se encontrara en sus calles, estrechas y no alumbradas, había de probar que iba por la *comadre* ó el Viático, y si nó, era reducido á carcel en concepto de ladrón ó enamorado (1). Cuando Murcia tuvo reloj municipal (2) fué su campana la que sonaba indistintamente en el rebato y en la queda; y antes y después, sobre la campana de Santa Catalina, voz de la ciudad que la avisaba tranquilidad ó temores, estuvo la campana de la torre de Santa María, voz del valle que avisa la inundación ó invoca al cielo en el conjuro. (3)

Y era la tarde del 15 de Agosto de 1818:

(1) Carcel de enamorados se llamaba el depósito á donde las rondas llevaban estos trasnochadores.

(2) No se sabe, ó por lo menos yo no sé, si Murcia tuvo reloj municipal antes que, por los años de 1459 y 60 y bajo el episcopado de D. Lope de Ribas, se pusiera el de la Catedral. El Doctoral La Riva no resuelve esta duda en sus apuntes, en los que habla de relojes de torre para afirmar que el más antiguo de España es el de Sevilla, que dice colocado en 1396: el P. Licinio Saez afirma que en la misma fecha le había en Cuellar, y el primero colocado en Barcelona lo fué en 1395.—Por mucho tiempo el reloj municipal de Murcia estuvo al cuidado del Arcabucero, y en 1604 se llama Francisco Salado, Arcabucero y Relojero de la ciudad.—Me refiero en todo á los relojes de campana, pues en las casas de Ayuntamiento, antiguamente los había de sol.

(3) En 14 Abril 1749, empezó el conjuro diario que después quedó reducido á los dias que median entre el 2 de Mayo y el 15 de Septiembre.

las campanas del conjuro habían sonado fuera de hora, y su tañido, bajando de las alturas para extenderse por la ciudad y el valle, difundía por una y otro el anuncio de la tempestad: pesadas masas de oscuros vapores avanzaban rodando sobre sí mismas y cubriendo como con un toldo que se descorriera lentamente, el hermoso azul del horizonte murciano, bandadas de avecillas huían de la tormenta con fatigoso vuelo, se escuchaba lejano, pero aproximándose, un rumor sordo como el del rodar lejano de la pesada artillería, y se dejaba oír este rumor solamente en aquellos momentos de pasmo de la naturaleza y del hombre, del cuerpo y del espíritu, que precedieron inmediatamente al momento en que la tempestad hizo explosión. Las campanas del conjuro habían callado, todo parecía callar sobre la tierra, menos los frailes del Carmen que en su iglesia, á la que ni un devoto había acudido, salmodiaban formados en dos filas que ocupaban toda la longitud del templo, las horas canónicas del día de la Asunción. De repente hizose oír el primer trueno, y como si hubiera sido una señal esperada, se desataron todas las furias del espacio, no cesó el relampaguear, los truenos se sucedieron como si fuesen uno solo, y el granizo azotó la tierra, produciendo ese ruido siniestro que parecía á Hoff un redoble de tambor tocado con las canillas de un esqueleto. Los truenos se iban acercando, la nube, preñada de ellos, pasaba sobre la ciudad y llegó á estar sobre la iglesia del Carmen, los frailes oyeron rodar el trueno sobre sus cabezas, y un momento rompieron filas suspendiendo el rezo y rodearon al Prior.

—Y á dónde ireis? exclamó éste,.. ¡Rezad!.. Allí y allí, dijo señalando al Coro y al Altar Mayor, la Virgen guarda á los suyos!!

Y el rezo continuó... pero un trueno mayor que los anteriores estalló en las alturas casi al mismo tiempo que una ráfaga de luz deslumbradora envolvía la iglesia, y una conmoción extraña sacudía violentamente á todos aquellos frailes... cuando se repusieron hallaron la Virgen del coro derribada y hecha pedazos: el rayo había descargado sobre la iglesia, pero la Virgen se había interpuesto; ella quedaba rota, pero sus frailes sanos; había amparado á los suyos, cubriéndoles con su cuerpo.

La escultura á que esta narración se refiere ha sido mal restaurada pegando sus pedazos, la V. O. T. celebró muchos años, y no sé si lo hace todavía, una función de iglesia que recordaba este milagro. — Murcia, 1879.

LA VIRGEN

Y EL MAESTRO CAMÁNDULAS.

En aquellos tiempos en que la ciudad llamada por nuestros poetas «sultana del Segura», acababa de salir de poder de los verdaderos sultanes ó reyes de la morisma, los cabildos civiles de SS. Murcia, que eran lo que llamamos hoy sesiones de Ayuntamiento, tenían lugar en la tarde de los jueves, concluido el mercado (¡para mercados, los de entonces!) en un caseronazo que, por contraposición á otro más grande, habían llamado los moros *dar saguira*, que es como si dijéramos *casa pequeña*, y que estaba situado al final de aquella larga *rúa* ó calle de la Drapería, Pellejería y Cambios que, para dividir la ciudad en dos mitades, mandó abrir el rey batallador, desde las *casas de Santa Maria* hasta las *puertas del Mercado*. Darsaguir, como siguieron diciendo los conquistadores, era un edificio que constaba de una casa fuerte, sita donde hoy la de Melgarejo y la contigua, que llegaba hasta el muro divisorio entre la *almedina* y la *arrixaca*, y volvía sobre este, continuándose en dos torres cuadradas, unidas por su parte superior y separadas en la planta baja por

aquella Puerta de *Almuniain* (de los Huertos), que los conquistadores llamaron del *Mercado*. Corría de una á otra torre, uniéndolas como hemos dicho por encima de las puertas, una sala que se llamó *de las torres*, fué la capitular del Ayuntamiento durante cientos de años, y después quedó para *carcel de nobles*; en la planta baja de una de aquellas tenían, Ayuntamiento y Corregidor, y desde muy antiguo, la *carcel de enamorados*, prevención, cárcel correccional, en que las rondas encerraban á los trasnochadores: en la otra torre, y en su piso de tierra se establecía durante el mercado otra prevención de policía municipal, presidida por un Teniente de Alcalde con escribano y alguaciles, como antes, en tiempo de los moros, en los mismos dias, y quizás en el mismo sitio, tomarían allí asiento el Wali del Zoco ó su Cadí: porque las instituciones y los hombres que las sirven son poco diferentes en vida é iguales ante la muerte y el olvido; murieron walies, cadíes, alcaldes y corregidores; vinieron á tierra muros, torres y puertas; pasaron hombres y cosas, y, aún ne se sabe donde fué á parar la lápida que, en 1604, se puso, para recuerdo, al demoler las últimas puertas del Mercado.

Tambien sobre la muralla, pero al lado opuesto, ó del rio, tuvieron los moros una casa fuerte que conservó su nombre de *Dar-ax-xarif* (casa del noble), fué donada por D. Alfonso X á la ciudad y destinada muy pronto á tribunal, carcel y casa del Corregidor. El rio se adelantó al tiempo, y, en sus avenidas, batió la casa tan en firme, que fué necesario repararla todos los años, y no siendo esto bas-

tante, se la reedificó en 1526 perdiendo entonces su aspecto de casa fuerte, para tomar el de las construcciones ojivales puestas de nuevo en moda; todavía en 1802 fué objeto de una reconstrucción casi total en la que, de palacio que parecía, tornó á ser casa, con nueve balcones, encima nueve ventanas y debajo nueve rejas; hasta que en 1848 fué derribado totalmente el edificio para levantar el de hoy que no será ciertamente título de gloria para los arquitectos que trazaron aquellas grandes columnas sobre tan menguada puerta: á todo ello el Ayuntamiento á quien en el año 1500 dejamos en su Darsaguir, en el de 1526 se vino al Darajarif, y luego en 1637 huyendo de la vecindad del Rio y del Corregidor, se habia venido al que hoy es vetusto edificio del Contraste, en el que celebraba sesión todos los sábados, y se hallaba celebrándola en el segundo del mes de Marzo de 1648, fecha en que dá principio esta verídica historia.

I

Algun suceso sacaba, en aquella tarde, de casas y casillas á los pacíficos ciudadanos de Murcia; porque buen número de ellos habia invadido el salón consistorial, no era pequeño el golpe de los que se empujaban en la escalera, y habían quedado los bastantes, en la plaza de Santa Catalina, para darla el aspecto de los dias extraordinarios. Era, entonces, esta plaza, mas anchurosa que hoy, no obstante la saliente que ante la iglesia hacian un porche que vió celebrar tanta junta de gremio y juntamento de regantes, un templete levan-

tado frente á la casa de ayuntamiento para que los alcaldes oyesen á los jornaleros en la mañana del domingo, y conforme á lo mandado por los RR. CC., justicia municipal tan barata y tan mala como la de hoy, y aquella fuente ó llenador de agua, que más tenía de lo segundo que de lo primero, y que ocupaba el centro, casi, de la actual plaza. Esta no contenía, entonces, ni la casa de D. Gerónimo Torres, ni las de la espalda del Contraste, ni las que forman aquel martillo entre la plaza y la calle que, por ser de paradores y parador de bestias de los que acudían al trato de la seda, llamóse de las *mulas*, si bien contenía infinidad de puestos y puestezuchos, bastantes de ellos permanentes, pues era la vieja plaza de Santa Catalina, bercería, carnecería y pescadería, todo junto, y la principal y casi única de las tres que concedió el Rey Sábido para surtido de la ciudad.

Los grupos conversaban y de uno á otro se hacía preguntas ó se comunicaba noticias.

—¿As sintió algo Pelá?

—¡Ay q' eres tú Bastiana!... pus, chica, denguna cosa.

—Digo, d' eso que icen q' anda por ahí...

—No lo creas, chica, son cosas de los méicos.

—Oiga V. Pelá ó Greñúa, que así tuviera V. en la lengua todos los pelos que lleva sin peinar en la cabeza, me quiere V. decir ¿qué ganamos los médicos con que haya peste, si todo el mundo huye y nos quedamos con la pobretería?

—Tiene razón el Doctor Carcar, dijeron algunas personas rodeando al viejecito que ha-

bía interrumpido el diálogo á voces de la Pelá y la Bastiana... y ¿qué noticias tiene V. Doctor? le preguntaron.

—Malas, hijos míos, por carta de Barcelona sé que la peste vino de Argel en un cargamento de pieles, pero Barcelona ha podido librarse acordonándose y colgando en horcas que ha plantado á las puertas de la ciudad, á los primeros que se ha cogido burlando el acordonamiento. El Rey manda que no se purgue á ningun apestado, como si el Rey debiera meterse en estas cosas...

—¿Y es cierto que en Alicante?.. interrumpió uno de los oyentes...

—En Alicante ocultan lo que hay, pero los atacados mueren á los dos ó tres días de serlo, no obstante el gran remedio del bolo armenico que sacan de una cueva de la montaña á cuyo pié nacen los baños de Fortuna y que es el mejor de España...; pero contra la *peste de Valencia* no hay remedio.

—Le hay contra todas las pestes, Dr. Carcar, dijo un regidor que salía del Ayuntamiento cuya sesión estaba terminando, pues olvida V. las tres *Ill?* Afortunadamente no hay que temer por ahora; los médicos Yañez y Avilés y dos cirujanos á quienes se envió á Alicante, acaban de informar ante el señor Corregidor y Ayuntamiento, que en Alicante no se padece enfermedad contagiosa alguna.

—Y qué sabe Yañez? y qué sabe Avilés? dijo enfurecido el viejo médico. Habeis enviado dos que no conocen la calentura, habeis enviado...

—Donde le voy á enviar yo á V., dijo una voz llena de autoridad al mismo tiempo que

una mano fuerte cogía del cuello de la casaca al Dr. Carcar y le zamarreaba de lo lindo, es á la carcel, viejo pelele, envidioso...

—¡El Sr. Corregidor! exclamaron los más inmediatos apartándose.

—Vuestro corregidor, dijo el grave, enjuto y estirado D. Martin Reyna y Harbaez, que salía del Contraste sin su obligado acompañamiento y habia oido las últimas palabras del Dr. Carcar. Vaya V. á su casa, dijo volviéndose á este último, la encopetada autoridad, que en el loco perdono al alarmista; pero cuente bien que si en la calle le topo, le hago azotar como á un bellaco... que el loco por la pena es cuerdo...

Prueba de ser lo último habia dado el doctor Carcar, pues antes de que el Corregidor terminara sus apóstrofes. ya se habia encastillado en su casa diciendo á su única sirviente:

Oye Policarpa, hija mía, venga quien venga, que no estoy.

—Y si avisan de algun enfermo?...

—¡Que se muera! dijo el médico á quien sonaban todavía en los oidos las palabras del Corregidor de Murcia.

II

En 2 de Abril de 1648 ocurrió el primer caso de epidemia en Murcia. A la cabeza del enfermo se juntaron Avilés y Yañez, el primero diagnosticó *calenturas sincopales*, el segundo sospechó que la enfermedad pudiera ser contagiosa, aunque distinta de la temida *peste del bubon ó valenciana*, llevóse el caso al

Protomedicato, y el enfermo murió antes de que los médicos llegasen á estar de acuerdo; se presentaron nuevos casos y á los quince dias pudo contarse más de cuatrocientos, en cada veinte y cuatro horas. El Corregidor hizo esfuerzos grandes para contener la desbandada de pudientes, y para remediar la crisis del comercio y de la industria que la emigración siempre trae, como consecuencia necesaria; el Ayuntamiento estableció hospitales en S. Antón y en la Puerta Nueva y cementerios extramuros cerca de estos hospitales y en el Carmen; Corregidor y Ayuntamiento lograron, ofreciendo perdón de delitos y gruesos salarios, organizar un servicio de treinta hombres, á quienes se vistió de nazarenos, para darles algun distintivo, y por no tener disponible otro uniforme, cuya misión se reducía á ir recogiendo muertos por las calles de la ciudad y cargándoles en chirriones y carretas; conventos y clerecía, con el animoso Obispo á la cabeza, se encargaron de socorrer hambrientos, asistir apestados y levantar á Dios, de quien procede toda fortaleza, los ánimos de la población amilanada. En esto último, no pudo evitarse excesos de fervor que eran contraproducentes: organizóse una gran procesión y rogativa para uno de los últimos dias de Abril, y en ella presentóse un pecador público, llevando atado al cuerpo, cara con cara, un cadáver, y sucedió el caso muy espantoso pero natural de que el extraño penitente cayera muerto antes de terminar la procesión, y tuvieran que retirarse de ella muchos, que fueron acometidos por la enfermedad después de ser tan terriblemente impresionados: en cada

uno de los tres días siguientes subió de 800 el número de invadidos. En 1.º de Julio sucumbió el Obispo D. Juan Velez Valdivieso, el *Ángel de la Caridad* (1) que llamaban los murcianos, y en aquel día, el Corregidor que llevaba la estadística de los muertos cada veinte y cuatro horas, sumó 900, rompió la pluma al llegar á este número y exclamó:

—*Súmenme á mí también, que también estoy invadido y siento que me muero.* (2)

Dudóse si se celebraría la procesión del Córpus y se estuvo á punto de suspenderla cuando se tuvo noticia de que había muerto el Prior de Santo Domingo, que era quien principalmente sostenía la conveniencia de celebrarla, pero por fin salió con cinco eclesiásticos, otros cinco seglares y tres mujeres (3); calles enteras quedaron sin habitantes y el Ayuntamiento las mandaba tapiar, una vez puestos sellos en las puertas de las casas: una de las primeramente cerradas fué la calle de Bodegones. En el mes de Julio se hizo una estadística de la población: quedaban en ella ochenta y tres hombres y cuatrocientas treinta y dos mujeres.

(1) Conducta bien diferente de la que en la epidemia de la «landre», en 1558, siguió el Obispo de entonces, cuyo nombre no quiero escribir, que huyó cobardemente en compañía del Corregidor é Inquisidores.

(2) Llamaron al Dr. Carcar y se negó á asistirle.

(3) La historia, que suele acordarse de lo que menos importa, registró sus nombres; fueron Fr. Pedro Zúñiga, Guardián de San Diego; D. Joaquin Sanchez, D. Ciro de Murcia, D. Pedro Rizo y D. Sebastián Galtero, sacerdotes; los seglares D. Tomás Balboa, don Joan Tornero, D. Joan Fabián, Isidoro Peñas y Diego Huertas, y las mujeres Ana Perez, Inés y Francisca Ros.

III

Había por aquel tiempo en la ciudad de Murcia, un maestro albañil tan escaso de habilidad en su oficio, como sobrado (si sobra puede haber en ello) de prudencia y *cristianidad*, pobre de recursos y rico de virtudes, apretado por las dificultades de la vida muchas veces, resignado y casi contento todas; era el Tio Camándulas uno de aquellos hermosos tipos que se fueron, y que volverán seguramente cuando la humanidad se desengañe de huelgas, reivindicaciones sociales y otras tonterías que ahora están corriendo su turno.

Desde que se había declarado la peste, el Tio Camándulas, que así se llamó nuestro hombre, *no hallaba donde dar un golpe*; y tanto para buscar ocupación, como para entretener los ócios de esta huelga forzosa, se iba todas las mañanas, antes de que el sol saliese, cerca del puente nuevo y junto al Alcazar, sitio de reunión de los albañiles sin trabajo, y una vez allí, y por hacer algo, contaba las carretas de equipaje de los que huían de la peste, y de regreso á su casa, mientras su hija volcaba la pobre puchera:

— ¡Chiquiya!, decía, hoy s' an ido tantos... y no sé pá qué?, donde bá el cuerpo bá la muerte...

— Y donde t' esconderás que Dios no t' encuentre... lo que esté de Dios ha de ser, padre, acuérdes' oste de aquel rey de los judíos, que decía en el sermón, el Padre Ventura...

Pero el Tio Camándulas no estaba para

venturas, sino para desventuras, y apenas daba cuenta del resultado de su estadística, y una vez consumidos los pocos alimentos que le ponían delante, cruzaba las piernas, apoyaba sobre ellas el codo, y sobre la mano la barba, y se perdía en tristes meditaciones, cuyo tema hubiera podido concretarse á estas palabras, sencillas como él:

—«Si *eso* sigue y no me muero, pronto llegará el fin de nuestros pobres ahorros; aquí ni queda quien mande trabajar, ni quien preste; de dónde voy yo á sacar para que coma esta hija mía?...» ¡de él no se acordaba!

Y en la remotísima probabilidad de hallar trabajo, todas las mañanitas seguía encaminándose á la Inquisición, donde, desde el principio de la peste, venían reuniéndose ocho desgraciados como él, á quienes llevaban allí la misma necesidad y propósitos, pero en un día de la segunda semana de epidemia:

—Chiquilla, dijo al venir á comer, ya no semos mas que siete... al *Pinturas* se lo ha llebao *eso*.

Y *eso* se llevó sucesivamente al *Rojo*, y al *Chano*, y al *Picola*... y un dia el Maestro Camándulas, en vez de ir al Puente, se puso á pasear por delante de la casa.

—Padre, ¿no se basté esta mañana? le preguntó su hija.

—Pa qué? trebajo no ha de salir...

—Pero... háblaste con los otros...

—¡Con los otros! .. entonces not' he dicho, criatura, que de ocho q' éramos me he queao solo.

Y el Tio Camándulas no volvió á ir al Puente.

El hambre llamó luego, á la puerta de aquella pobre casa; el padre venía preguntando invariablemente:

—Te queda algo, muchacha?

E invariablemente la hija respondía:

—Pos si... algun real queda, padre...

Pero una mañana, la pobre niña confesó que no tenía ni la moneda más pequeña, y el padre salió á recorrer á los amigos, después buscó á los conocidos, últimamente á las personas á quienes había hablado una vez en su vida; y halló que unos habian huido, otros muerto, otros, encastillados en sus casas, á nadie abrian la puerta, ni contestaban siquiera... El Tio Camándulas volvió á su rincón donde recibió su criatura con una sonrisa forzada; y luego volvió á salir, y buscó á quien empeñar ó vender alguno de sus pobres muebles, pero, después de recorridas sin encontrar alma viviente, casi todas las casas de los usureros conocidos, halló solamente uno, que hacia sus negocios desde el balcón á la calle, y que le dijo:

—Si yo diera sobre muebles, tendría ya casi todos los de Murcia: las ropas, ni aunque me las pesaran de oro las recibiría: yo doy solamente sobre alhajas, y estas las cuelgan á la punta de un hilo de palomar, las subo, las miro y no las toco... si trae V. alguna alhaja echaré el hilo.

—¡Alhajas!... ¡yo! exclamó el Tio Camándulas .. y volvióse á su casita con la desesperación en el alma, y lágrimas en los ojos.

Su hija le esperaba inquieta, y esta vez le sonrió de veras. Le preguntó donde había es-

tado, enteróse muy minuciosamente de todo y le dijo:

—Padre, un dia malo cualquiera lo pasa... mañana será otro dia; vamos á acostarnos que ya es de noche, y dicen que quien duerme come.

Y ambos se acostaron, pero ninguno durmió.

Al dia siguiente salieron juntos padre é hija: él se fué á continuar su busca del dia anterior, y ella dijo que iba á ver si encontraba algo que coser, ó si la Señora Corregidora, que habia sido siempre muy bondadosa con ella, le daba algun trabajo. A las doce volvió el Maestro, su hija estaba, ya de vuelta, y momentos después un huevo frito y dos sardinas idem, convidaban á comer con un olorciello penetrante, que debía parecer de gloria á quienes habian pasado las últimas treinta horas sin atravesar bocado.

—¡Caliche! dijo el Maestro á quien la boca se hacia agua, esto en estos tiempos es gula... anda, muchacha, asiéntate y cómete ese güevico.

—Padre, he comio pan y se m' ha quitao la gana... le digo á osté que sí.

—Pos t' apartas el güebo.

—Padre; dijo ella con tono qua no admitía réplica, lo qu' es d' eso qu' está en la mesa yo no he de tomar ni una sopa... con qu' así cómasel' osté tó,... que bien' oste comiendo muy poco, padre... yo tengo otra cosa.

¡Qué habia de comer, la pobre criatura!; cuando en el dia anterior su padre le contaba su odisea en busca de un empeñista, la muchacha tuvo su idea; durante aquella noche

de insomnio, formó y decidió su plan, y aquella mañana había empeñado su alhaja, aquella sortija que le regaló su novio, único amor de su vida, segado en flor por la muerte!

¿Y mañana? decía para sí la pobre muchacha, viendo devorar, más que comer, á su padre, y mañana? se preguntaba también el Maestro...

El día siguiente, era el de la Virgen del Carmen. La niña se había levantado temprano y *barrido su puerta* según la antigua usanza de Murcia, e iba á rociarla, cuando llamó con voz desfallecida y de pronto,

—¡Padre, tenga V. el pozal que se me escapa!

Y escapóse efectivamente, porque el padre que había cogido la cuerda, la dejó ir al fondo del pozo, cuando vió que su hija perdía el color y caía al suelo.

—Padre, decía ella pocos minutos después al abrir los ojos en su habitación y en su cama, he tenido miedo de morirme, por lo solo que iba V. á quedarse.

—Y á quien dejo yo contigo mientras voy á ver si viene algun médico!... interrumpió llorando el maestro albañil... y no se pué perder tiempo!... nó...

—Padre, no s' asust' oste... que no tengo eso...

—Y tú qué sabes?...

—Yo lo que tengo, yo lo sé;... y después de titubear durante algunos segundos, como si fuera un delito, continuó en voz más baja, lo que yo tengo es necesidá... si hubiera algo que comer.

—Hija de mi alma!...

Y el Tio Camándulas saltó desde la cabecera de la cama á la puerta de la habitación, y luego á la puerta de la casa, llamó con grandes golpes á la de al lado, y viendo que no le contestaban

—¡Loco de mí! exclamó, si el último de esta casa murió hace ocho días....

Y entonces llamó á otra puerta y viendo que tampoco abrían, dió grandes golpes con el puño y con una piedra llamando á otra tercera casa, y después se entró por una que halló abierta y topóse con un lecho en que había un cadáver, retrocedió y hallóse en otra habitación con una moribunda, y sin parar mientes en su estado

—Deme V. algo!, dijo, y repitió gritando, mi hija se muere de hambre!... donde tiene V... yo buscaré...

La moribunda entendió por fin, sus ojos que vidriaba ya la muerte, se animaron con una expresion extraña

—Y á mí qué me importa tu hija!... ¡se ha muerto ayer mi hijo!... y me estoy muriendo yo!... ¡qué risa!... ¿no sabias?

Y la mujer quiso reir é hizo una mueca; pero el Maestro Camándulas no había esperado la contestación, se había salido buscando y había encontrado la cocina, y en ella un pucherete con alimentos, cogióle, vació algunos en un plato. fué á salir, y al pasar por delante de la habitación de la moribunda, su prohibidad le hizo que llegára de nuevo junto á la cama y le dijera:

— Me llevo esto... yo traeré más que me llevo... muchas gracias!

Pero la enferma oyó, miró al Maestro y mi-

ró al plato, comprendió, y en un momento de energía física de que no se la hubiera creído capaz, se apoderó del plato, le escondió dentro de la cama y

—¡Ladrón!... ¡ladrón! dijo.

—¡Ah, Dios mio, eso nunca! exclamó Camándulas, y salió á la calle, corriendo como si efectivamente fuese ladrón y perseguido.

Y una vez en la calle se detuvo, cruzóse de brazos y pensó

—Qué hago? á dónde voy... ¡Ah, al Carmen!... exclamó de repente y con la alegría de haber encontrado una solución, yo he trabajado allí... yo he visto repartir sopa... y es la hora de la sopa!...

Y el Tio Camándulas se dió á correr en dirección del Carmen, atravesó unas calles desiertas, otras en que encontraba sacerdotes con el Viático y alguna mujer, detrás; clamando á grandes gritos

Aplaca, Señor, tu ira,
tu justicia y tu rigor,
¡dulce Jesús de mi vida!
¡Misericordia Señor!;

pasó por la calle en que vivía el Dr. Carcar, el cual desde la azotea evacuaba consultas de los que le ponían en un cestillo dos reales, que iban á parar á una caldereta de vinagre y juncia que el precavido médico tenía en la ventana de la azotea; retrocedió luego, ante la boca recién tapiada de una calle en la que no quedaban habitantes; apartóse mas allá de un carro de muertos que seguía su misma dirección, llegó por fin, al Carmen, se avalanzó á la puerta del convento que estaba cerrada, sacudió con fúria el llamador, llamó de nuevo

y si cabe con más fuerza, y uno de los nazarenos enterradores que llegaba entonces con el carro de los muertos,

— ¡Eh! ¡hermano!... le gritó; no ha quedado alma viviente en el convento...; s' han repartido los padres por la ciudad y la huerta p' asistir enfermos.

Entonces, ante esta última esperanza que se desvanecía y ante la visión de su criatura que desfallecía de hambre; al sentirse capaz de todo por su hija é incapaz hasta de proporcionarle un poco de pan ó un plato de sopa; al ver como se le habían cerrado todas las puertas, y no ocurrírsele á qué, nueva, llamar; sintió llenarse al mismo tiempo sus ojos de lágrimas, y de desesperación su ánimo, acudió á su pensamiento y á sus labios, á la vez y atropellándose, una oración y una blasfemia; conoció que se volvía loco, avalanzóse, sin darse cuenta de lo que hacía, al llamador del convento, y cayó apretándose la cabeza entre las manos como queriendo sujetar su razón que se escapaba.

El llamador apenas hizo ruido sobre el batiante, pero, al apenas perceptible golpe, la puerta se abrió, inundóse el portal de una luz intensísima y apareció una hermosa señora que vestia el hábito de la orden carmelitana, con tocas blancas; alzó hacia ella los ojos el Maestro Camándulas y deslumbróse, bajólos y vió en el suelo delante de sí una cazuela con bien oliente potage de judías, quiso darse cuenta de aquello, dar las gracias, quitarse la montera..., tuvo un momento de no darse cuenta de lo que pensaba y hacía, y cuando el orden vino á hacerse en aquel cerebro tras-

tornado, hallóse corriendo á todo correr en dirección á su casa, con una gran cazuela de comída entre las manos.

.
.

Antes, en la capilla de la portería, ahora no sé dónde, pero el celoso párroco actual no habra dejado que se pierda, había un cuadro de metro y medio de largo por más de uno de ancho, que un artista del último pasado siglo pinté para conmemorar este milagroso suceso. Ni la representación de la Virgen nos parece que es la adecuada, ni el Maestro Camándulas guarda la actitud del caso, ni aquello puede ser para el que lo examine después de leer estas páginas, otra cosa que una mala ilustración de un mal relato.

Madrid, 1882.

EL ESCAPULARIO DE LA VIRGEN

La leyenda que voy á refundir con el loable intento de que puedan digerirla mis lectores, está tomada de un cuaderno que, á su vez, debió tomarla de un libro intitulado «*Deleyte de piadosos y desengaño de impíos en subcesos que han pasado en esta ciudad de Murcia.*» El cuaderno que yo he tenido en mi poder y copiado, no parecía posterior al siglo XVII, y ni el libro ni el cuaderno pudieron ser anteriores al XV, pues dan cuenta de causas falladas por la inquisición de Murcia, y el Tribunal de la Fé se estableció en nuestra ciudad, corriendo el año de gracia de 1488, según cédula que encontrará D. José Martinez Tornel, Archivero y Cronista de Murcia, al fol. 78 del libro de cartas reales, que empieza en las de 1484 y contiene hasta las de 1495.

—

Y era un sábado de mes y año que crónica alguna se cuidó de registrar, y el R. P. Maestro Fr. José de Nuestra Señora del Carmen pasaba aquella noche fuera de clausura, en casa de su antiguo amigo el párroco de Alcantarilla, quien celebraba su cumpleaños, sesenta

y ocho nada menos, y á quien era necesario que acompañase, al día siguiente, en una función de iglesia. Mano á mano, y, aunque el manuscrito no lo diga, vaso á vaso, los dos viejos amigos habían hecho honor á la despesa del Sr. Cura, y era muy tarde ya, cuando este último echó los codos sobre el blanco mantel, hundió la barba en las manos, y mirando y hablando concluyó por no hablar ni ver, y... comenzó á roncar. El P. Carmelita echó entonces sobre su amigote una mirada benévola, y levantándose muy poco á poco para no hacer ruido, salióse á tomar el fresco, á la puerta de la casa.

¡Hermosa noche en verdad, callada como la más callada, oscura como la que más, y convidando con su oscuridad y silencio á que el P. José (¡frailes viciosos!) se fumara á la fresca un cigarrillo...; y tal debía ser el intento *desatentado* del reverendo padre, cuando, apenas salido de la casa, sacó una de aquellas enciclopédicas *bolsas-mundo* de los antiguos fumadores, extrajo de uno de los compartimentos el papel, de otro la *picaura*, lió un cigarrón, más que cigarrillo, y teniéndole pegado y pendiente del labio inferior, y extraídos que fueron de otro tercer compartimento unos *artes* y una *pella* de yesca, alzó el brazo del eslabon para batir el pedernal y... al sonar una campana distante, el brazo cayó, y el pedernal no dió chispa.

—¡Cachis! (dicen que los frailes eran mal hablados) ¡las doce!, ya no fumo, ni bebo, que voy á celebrar mañana; y aunque Paulo Zacarías diga lo que quiera, á Alfonso de Leon me atengo, y...

Y el buen fraile contó, una tras otra, las doce campanadas del reloj de la Catedral de Murcia, que en tan silenciosa noche se oyeron en todo el valle, y se disponía á buscar la cama después que oyó la última, cuando, al entrar en la casa, un perro negro que salía al mismo tiempo, se le metió entre las piernas; sintió entonces que sus talones perdian el suelo casi al mismo tiempo que las puntas de sus piés, sintióse levantado en vilo, y cuando quiso agarrarse á la puerta se encontró á la altura del tejado, y cuando pensó en cogerse á la chimenea de la casa del cura se vió por encima de la torre del pueblo... y entonces, ya no pensó en agarrarse á cosa alguna, verdad es que no la habia á altura tanta como se encontraba el buen fraile.

—¡A las doce en punto... un perro negro!...; no hay duda, dijo el P. José, sin perder por ello su serenidad, esto es que me lleva el mismísimo demonio...; ¡pues me he aviado! ¡Córcholis!

Y dióse á pensar en su situación, nada agradable por cierto, mientras con una rapidez algo mayor que la de un caballo á galope, cortaba los aires el buen P. José, sobre su extraña cabalgadura.

—¡Pecador de mí! dijo de pronto llevándose la mano al pecho por debajo del hábito, ya sé lo que es ello!.. ¡se me olvidó esta mañana al mudarme la camisa!.. bien merecido tengo esto que me pasa... pero... ¿es que esto no tiene remedio?... ¡estaría de ver!... ¡Nema!... ¡y á uno del Carmen!

Y por vez primera el fraile miró á su extraña cabalgadura.

—¡Calla!, observó, pues el perro se ha convertido en este zanguango con cuernos y alas!... y luego, en voz alta y como quien ni debe ni teme,

—¡Oye, morenito! á dónde vamos tan apri-
sa?... dijo;

—¡A los infiernos! contestó el de abajo.

—¡Hombre!... ¡hombre! buena tierra para el invierno; pero yo creía que estábamos en la canícula, y además yo sé de fijo que este viaje se hace después de muerto...

—¿Sabes lo que te digo? exclamó el diablo descansando un poco en lo alto del campanario de Aljucer, pero en sitio en que el fraile no pudiera cojerse á la cruz, que eres el primero, de los muchos que me he llevado, que toma la cosa tan á buenas. Creo que tú y yo vamos á ser buenos amigos!

—Pues empecemos siéndolo desde ahora, dijo el fraile, haciendo de tripas corazón, como vulgarmente se dice. Y para empezar te digo que tú ganas con dejarte conocer; ¡vamos!... que á mí me habían hecho creer que tú eras mal sujeto, y veo que eres muy regular en tus cosas, y hasta iba pensando ahora que eres hombre capaz de hacerle un favor á un amigo.

—¡Eso es según! contestó el diablo.

—¡Vamos! dime la verdad, tú haces ánimo de llevarme ahora á los infiernos?... ¡la verdad!

—¡Pues lástima fuera! estoy toda la noche de caza, y á tí solo te he cogido descuidado.

—¿No decía yo?, pensó el fraile llevándose maquinalmente la mano derecha al pecho... Oye... ¿y eso no tiene apañó?

—Ninguno, porque yo no me vuelvo de vacío.

—Pues á lo que no tiene remedio, no hay más que conformarse...

¡Caballito corre
Caballito vuela...!

—¡Jinojo!.. dijo el diablo, si me vuelves á dar con los talones.

—¿Qué..? ¿me sueltas?

—¡No!.. me harás volar más aprisa...

Y siguió en silencio la infernal cabalgata; el demonio parecía uno de aquellos grandes murciélagos de los tiempos prehistóricos que, resucitado por la ciencia de un fraile del siglo XVII, le sirviese de cabalgadura aérea; y el fraile parecía como si cabalgase tranquilamente en la buena burra que solían ponerle, con gran aparejo de zamarras, cuando le llevaban á decir misa á alguna ermita del campo; la noche seguía muy oscura, y aun que no lo hubiera sido tanto, la hora no era la más apropósito para que cazador alguno luciese su habilidad disparando sobre aquellos volátiles de nueva especie, y en todo ello iba pensando el R. P. José y sobre todo en la vergüenza de que *já uno del Cármen!* lo hubiese cazaño el demonio con la misma facilidad que la zorra caza un grillo.

—¡Moler!, murmuraba el buen padre, y lo peor es que tengo cobradas unas *misicas* y no podré decirlas; y que el domingo que viene estaba comprometido para la ermita de Baena.

Los grandes árboles inmediatos á la ciudad aparecieron como masas amontonadas sobre otras mas oscuras, algunas lucecitas se filtraron á través de estas masas, el P. José cono-

ció que iban á pasar sobre Murcia, y, con toda aquella familiaridad de los antiguos frailes, alargó una mano y tiró de una oreja al mismísimo demonio.

—Escucha y perdona, le dijo, ya estamos en Murcia y cerca de mi convento; tu podías descansar del *vulecico* que traemos, y yo... yo quisiera mirar por última vez la celda que he vivido 31 años, 7 meses y 3 días, según la cuenta que he venido echando... todo podría arreglarse, si fueras un amigo.

—¡Hombre!... yo bien quisiera darte ese gusto, pero ya no te suelto, y yo no puedo traspasar los umbrales de ningún convento.

—¿Nada más que por eso?... ¡y dicen que más sabe el diablo por viejo que por sabio! ya voy yo viendo que tú no debes ser muy viejo, porque no eres muy sabio. Mi celda tiene balcón, aunque es muy chiquita; me descargas en él, y yo me despido de ella desde el balcón... y colorín colorado.

—¡Colorín, colorado!... [porque te me escapas.

—¡Hombre! pudiera ser!...; pero eso tiene un remedio; tú no puedes entrar, pero puedes estar en el balcón; yo puedo entrar, pero tú puedes tenerme cogido de una mano...; conque trato hecho... ¿quieres ó no quieres?...

—Trato hecho, y ya estás en tu balcón, dijo el demonio descargando al fraile en el de su celda, y cogiéndole una mano.

El fraile entró lo que pudo, alargó la que tenía libre y buscó una cosa que debía estar colgada del picaporte de uno de los ventanillos; pero con el apresuramiento no encontraba, y todo se le volvía tocar.

—Vamos, decía el de afuera.

—¡Hombre! no seas chinche! aguárdate un momento!... y el fraile decía entre dientes... si yo cuando me lavo en la zafa que está junto al ventano, lo cuelgo en el picaporte!... bueno fuera que alguien lo hubiera cogido!...

—¡Que no aguardo más!... dijo el del balcón, en este tiempo amanece pronto, y la luz me hace daño en la vista.

—¡Por fin!, exclamó el fraile con un suspiro de inmenso alivio, y pasándose al rededor del cuello el escapulario de la Virgen del Carmen, que era lo que buscaba y dejó olvidado al vestirse... sabes lo que he pensado? dijo al demonio, que te vayas cuando quieras...

El diablo no le dejó concluir y le agarró para cargársele, pero no pudo levantarlo del suelo ni el canto de un papel de fumar, tiróle del brazo con todas sus fuerzas (y el diablo tiene muchas) para arrojarle del balcón al huerto, ya que llevárselo no podía, pero el fraile empezó apresuradamente el conjuro *Vade in journalis draco, virgo carmelitana est in me*, y el diablo dió un berrido.

—Del Carmen habías de ser.... dijo y no concluyó.

porque el R. P. José abrió los ojos, vió la mesa en que había cenado, la luz del gran belón casi extinguida, y á su viejo amigo el cura de Alcantarilla que le tiraba de un brazo y le decía:

—¡Vamos á la cama! que nos hemos dormido de sobremesa, y es más de media noche.

—
El R. P. M. Fr. José de Nuestra Señora

del Cármen vivió todavía algunos años, y tuvo, mientras vivió, el íntimo convencimiento de la realidad del viaje aéreo que hemos referido; y si bien nunca hablaba de él,

—No vayais sin el escapulario de Nuestra Señora, decía, y si os le quitais, por reverencia, al vestiros y lavaros, cuidad de volvérosle á poner; no os pase lo que á mí...

—¿Pues qué le pasó á V.? solía preguntar alguno; y entonces el buen fraile cortaba el diálogo con estas ó parecidas palabras.

—*Ná ni cosa...* que una vez lo olvidé y tuve un disgusto, y... gracias que estaba en el picaporte!... y que á los del Carmen. . . .

Todo cuento, lectores míos, tiene su moraleja, y la de este puede quedar resumida diciendo que, en la miserable condición humana, la salud del cuerpo y la salvacion eterna penden á veces de cualquier pequeño olvido.—Madrid 1890.

POST SCRIPTUM

A más de las leyendas que forman este librito, conozco otras sobre la Virgen del Carmen de Murcia; pero solo escribí, y publico únicamente, las que creo más interesantes, que son también las que mejor retratan la índole literaria del pueblo murciano, autor anónimo de todas. Bandidos valientes y devotos, que se van al cielo hasta con botas: frailes guasones, pero creyentes, que son tan caritativos como regalones; un diablo que no es el sombrío y terrible demonio del Norte, sino ese otro diablo buen muchacho de los pueblos del Mediodía, que *cuando no tiene que hacer con el rabo mata moscas*, gente pequeña, lenguaje burdo, corazones sencillos y apasionados, imaginaciones predisuestas siempre á la invención ó á fantasear sobre lo no inventado..... elementos de la leyenda murciana que pone en acción casi siempre una fé viva, una predilección entusiasta. heredada muchas veces, por determinado santo ó vírgen, y una creencia firmísima en la intervención de la Virgen ó del santo en los pequeños como en los grandes menesteres y cuitas de la familia. Mis leyendas no son mías; yo he cuidado únicamente de conservar su sentido al escribirlas, y de

entremezclar algunas noticias de historia para amena instrucción de un pueblo que vive muy descuidado de la suya: alguna leyenda, como la del fraile que hizo el viaje aéreo, tiene párrafos enteros copiados de un viejo manuscrito. Rebuscando los míos de otras épocas más felices, para hacer esta publicación, he encontrado también leyendas sobre la Torre de la Catedral, Capilla de los Velez, etc., que pensó ir dando á luz en su pequeña «Enciclopedia» el primer periodista que mereció serlo en Murcia, el Sr. D. Rafael Almazán, cuyo nombre va unido á casi todas las iniciativas periodísticas de esta ciudad en la segunda mitad del siglo XIX. Muerto por consunción aquel periódico, és posible que el infatigable propagandista de nuestra literatura popular, D. José Martínez Tornel, publique más adelante otro tomito con las LEYENDAS DE LA IGLESIA Y DE LA TORRE DE LA CATEDRAL DE MURCIA.

INDICE

	PÁGINAS.

<i>Introducción.</i>	3
<i>La Historia.</i>	6
<i>La Leyenda.—El Bandido Malasangre.</i>	12
<i>La Virgen y la Molinera.</i>	18
<i>Abogada contra el rayo.</i>	23
<i>La Virgen y el Maestro Camándulas.</i>	27
<i>El escapulario de la Virgen.</i>	44
<i>Post Scriptum.</i>	53
<i>Indice.</i>	

